

los hijos de la reina. El mismo rey le presentó una espada enriquecida de diamantes, y el título de duque del Trueno con el ducado de este nombre, que producía una régia renta.

Los más hábiles escultores de la Italia tallaron su estatua y le erigieron una columna. No bastaba, empero, tanta gloria, tanta fortuna y tantos placeres para cubrir la vergüenza y los remordimientos de un héroe vendido por una favorita á las pasiones de un gobierno sanguinario y corrompido.

VIII:

Vuelto á Inglaterra con lady Hamilton, recibió allí los tributos de Nápoles y de Aboukir. Todos los buques del Támesis se empavesaron con sus colores á la noticia de su llegada. El gobierno y las corporaciones de Londres le concedieron mensajes triunfales y armas honoríficas como salvador de la patria. El pueblo, ébrio de entusiasmo, le hizo la más magnífica de las ovaciones. Sus hazañas ocultaban sus flaquezas á los ojos de sus compatriotas.

CUARTA PARTE.

I.

Nelson no pudo gozar de su fama y popularidad. Encadenado á los pies de lady Hamilton, viuda ya, se separó con escándalo de su esposa y de su hijo adoptivo, Joshua Nisbet, indignado por las afrentas hechas á su madre. Fué justo, sin embargo, en su flaqueza, y jamás imputó á lady Nelson la culpa de este divorcio. «El cielo me es testigo, le escribía que no hay una inocencia, una virtud y un cariño superior á la vuestra.» Pero estimándola, no era dueño de su corazón: una cortesana le detenía con sus seducciones. Compró para ella en las cercanías de Londres una quinta llamada Merton, y allí ocultó su amor, su gloria y sus remordimientos. Tuvo de ella una hija, á la que dió el nombre de HORACIA.

II.

La guerra del Báltico lo llamó al Océano: mandó la escuadra que forzó el puerto de Co-

penhague é incendió la flota dinamarquesa. Este incendio, mas digno de un Atila del mar que de un soldado, iluminó su nombre con una aureola de horror en Europa y con una gloria fanática en Londres. Entró de nuevo en la capital como triunfador, y recibió del rey el título de lord. La Gran Bretaña veía en él el único contrapeso de Napoleón.

Entretanto, Bonaparte confirmaba su gran duelo contra la independencia del continente. Mientras la Inglaterra estuviese libre, la libertad del mundo tenía un asilo y podía tener un vengador.

Era preciso arrancar este último punto de apoyo de la palanca de las naciones vencidas, encadenadas, pero no resignadas, para asegurar sólidamente su inmovilidad, su alianza ó su esclavitud. Napoleón, despues de las victorias que habian deslumbrado al Egipto, conquistado la Italia, intimidado la Alemania, unido la débil España al curso de su política, incorporando la Holanda, habia trasportado los sueños de su genio de las orillas de la Siria á las costas del mar de Inglaterra. Aquel imperio universal que en su imaginación habia construido en Oriente al principiar su fortuna, lo habia trasportado al Occidente. Habiendo fracasado ante los muros de San Juan de Acre, y destruida su flota en Aboukir por el cañon de Nelson, Napoleón reconstruía su sueño en Boulogne frente á las rocas de Douvres, y por un extraño capricho del destino, el mismo hombre que desconcierta sus planes en la costa de Egipto, iba á desconcertarlos tambien en las de la Mancha. Hubiérase dicho que Nelson y Napoleón eran en aquel momento los dos grandes antagonistas, en los cuales se personificaban y se reasumían, en tierra, la conquista de la Europa, en los mares la resistencia del continente. De la misma suerte en la época de la caída de la república romana Pompeyo y César habian personificado en sus dos nombres la libertad ó la esclavitud del mundo. Tambien en una batalla naval, la batalla de Actium, habíanse disputado el imperio, y la pérdida de aquella batalla habia entregado el universo á César.

III.

Napoleón habia acumulado hacia diez y ocho meses en todos los puertos franceses ú holandeses que costean el canal de la Mancha, los medios para un desembarco en Inglaterra. La innumerable cuadrilla de sus lanchas cañoneras, reunidas en torno de Boulogne, y prontas á embarcar sus tropas acampadas en la playa, podían en un dia afortunado, arrojar un inmenso puente movable sobre este brazo de mar, y echar en algunas horas sobre las playas británicas uno de esos ejércitos tan irresistibles

en tierra, como las escuadras de la Inglaterra lo eran en el Océano. Por grande que fuese el patriotismo de esta isla, convertida, merced al genio de sus hijos, en el maravilloso foco de trabajo, de riqueza, de navegación y de civilización de todos los siglos, si se compara su influencia sobre el universo á su extensión geográfica, no era dudoso que doscientos mil franceses aguerridos y animados por el genio del conquistador moderno, no hubieran subyugado, al menos por un momento, la Gran Bretaña, arrasado sus fortalezas, clavado sus cañones, incendiado sus arsenales marítimos y dispersado en el viento los elementos de su riqueza y de su libertad. Sin duda la Inglaterra, sorprendida y encadenada dentro de su propio territorio, se habria refugiado casi toda en sus escuadras: habria cubierto el canal con sus flotantes ciudadelas, marchando tras las huellas de las lanchas cañoneras de Napoleón, las habria incendiado dentro de sus propios puertos y habria aprisionado á los franceses dentro de su misma conquista. Habria obtenido así de Napoleón una retirada voluntaria, y una gloriosa capitulación para sí propia; pero la vergüenza y las calamidades de una invasión en Londres, no habrían pasado menos sobre su fortuna y sobre su historia, y la Inglaterra, poseída durante algunos meses, habria pagado muy caro el rescate de sangre y de oro, que le habria sido necesario prodigar para reconquistar su patria.

La Inglaterra atenta á esta concentración de embarcaciones y de tropas en Francia, se estremecía ante las consecuencias de una hora de audacia en el alma de Napoleón, de improvisación en una maniobra de sus almirantes, de calma ó de tempestad en los mares. Sus escuadras cubrían el canal é interceptaban hasta las oleadas á las lanchas francesas, cáscaras de nuez, según la desdenosa expresión de los marinos y que podían todas ellas ser sumergidas en el mar por una sola fragata de guerra. Por esto el plan de Napoleón era no aventurar estas escuadrillas en el mar sino despues de haber reunido de todos los puertos de Holanda, de Francia y de España una flota de cincuenta ó sesenta navíos de guerra, una nueva y grande armada que se habia lanzado al mar para presentar en él la batalla á las escuadras de la Inglaterra, cubriendo con una diversion, por medio de una victoria ó de una derrota, la traslación de su ejército desde Boulogne á Douvres. Pero estos navíos, encerrados por el bloqueo de las numerosas escuadras británicas, los unos en el Escalda, los otros en Brest, aquellos en Tolon ó en Cádiz, no podían agruparse en armada naval igual ó superior á los ingleses, sino á fuerza de misterio, de combinaciones, de fortuna y de audacia en los almirantes que los mandaban. Ninguno de estos almirantes ni en Francia, ni en Holanda, en España, tenía un genio capaz de concebir y de atreverse á esas maniobras heroicas y desesperadas que fuer-

zan las imposibilidades de la fortuna y que correspondían á la impaciencia y al entusiasmo de Napoleón.

Valientes de corazón pero tímidos de espíritu todos se flaqueaban bajo el peso de las responsabilidades que se les mandaba desafiar. La guerra de tierra solo exige heroísmo; las luchas del mar reclaman heroísmo y ciencia. Un cuerpo de ejército vencido ó diezmado vuelve á organizarse, se recluta y se reforma; una escuadra vencida ó incendiada sumerge con ella á cuantos la montan, y solo deja restos abrasados sobre las olas. Las maniobras de un ejército de tierra que no dependen sobre un campo de batalla sino del golpe de vista y la voz del general, dependen en el Océano de los vientos, de las distancias, de los marineros, de las calmas, de las tempestades que el mismo genio ni puede preveer ni vencer muchas veces. Estas diferencias entre sus ejércitos de tierra y sus ejércitos de mar hacían á Napoleón tan locamente imperioso hacia sus almirantes, como imperioso era con la naturaleza; acusándolos por las condiciones de su arte y las resistencias de los elementos. Desesperanzado un momento de poder reunir sus escuadras diseminadas en una sola flota, habia meditado hacer salir de Tolon y de Brest dos escuadras separadas de sesenta velas, llevando á bordo cuarenta mil combatientes, dirigiéndolas cada una de ellas por diversa ruta á los mares de la India, y atacar así el poder inglés en los confines de Oriente, mientras podia herirlo en el corazón. Estas dos escuadras llamarían inevitablemente sobre sus huellas las flotas de la Inglaterra, y mientras ellas volaran al auxilio de la India, el canal de la Mancha, menos vigilado, abriría tal vez paso á su ejército de tierra.

IV.

La inmensidad y los retardos de este plan habian agotado bien pronto su paciencia; habia combinado otro menos vasto, pero menos lento y que debía dar tambien por resultado el reunir sus navíos en una armada naval sobre un punto distante del Océano, y llamar la masa de las escuadras inglesas lejos de la Mancha, de donde á toda costa queria apartarlas. Por su órden, el almirante Villeneuve, al que destinaba el mando superior de estas flotas combinadas, habia salido de Tolon con trece navíos y algunas fragatas. Se habia unido á la escuadra española mandada por el almirante Gravina en Cádiz; desde allí habia cruzado el Atlántico y reuniéndose en las Antillas con la escuadra del almirante Missiessy, fuerte de seis navíos. El almirante Gantheaume, que mandaba la escuadra en Brest, debía aprovechar la primera tempestad que alejase al almi-

rante inglés Cornwallis de su crucero ante Brest, para unirse á Villeneuve, Gravina y Missiessy en la Martinica. Esta escuadra combinada bajo las órdenes del almirante Villeneuve, despues de haber inquietado á los ingleses en sus posesiones de las Antillas, debía á todas velas bogar hácia Francia en el momento en que las escuadras británicas estuviesen dispersas en persecucion suya, presentarles la batalla en los límites de Europa, y arrojarse en la Mancha, vencida ó victoriosa, para concurrir al desembarco en Inglaterra.

Este plan, ejecutado felizmente en el mes de junio por Villeneuve, habia quedado incompleto tan solo por la inmovilidad de Gantheaume y de la escuadra de Brest, á quien la constancia de las calmas no le habia permitido salir del puerto. Villeneuve volvía á los mares de Europa con la órden de presentar la batalla á Cornwallis delante de Brest, alzar el bloqueo de la escuadra holandesa, unirse esta parte presa de las fuerzas navales de la Francia, y combatir despues con sus sesenta navíos de guerra la flota inglesa, cualquiera que fuese su fuerza y su número, en la entrada del canal.

«Los ingleses, exclamaba Napoleon en medio de su confianza, no saben lo que está suspendido sobre su isla. ¡Si soy dueño doce horas no mas de la Mancha, la Inglaterra ha venido!»

V.

En el momento en que lanzaba este grito de alegría á su estrella, y de amenaza á la Gran Bretaña, estaba en Boulogne. Tenía ante sus ojos ciento sesenta y cuatro mil hombres vencedores del continente, y devorando con sus ojos una postrer conquista, esperaba de hora en hora el anuncio de la aproximacion de Villeneuve, y el ruido del cañon de la escuadra forzando el bloqueo establecido por Cornwallis. Villeneuve, en efecto, volvía con la escuadra combinada hácia los mares de Europa. Nelson, al frente solo de once navíos, la buscaba valerosamente á través de los mares, para encontrarlo como en otro tiempo habia hallado casualmente la flota de Napoleon en Aboukir. Convencido de que Villeneuve volvía á Europa, Nelson se apresuraba á regresar tambien, enviando delante de él una rápida vela para advertir al gobierno inglés el peligro que se aproximaba á sus costas. La escuadra francesa, al aproximarse al Ferrol, chocó, merced á una espesa niebla, con la escuadra del almirante Calder, fuerte de veinte y un navíos. Las dos escuadras trabaron un combate sin plan y sin grandeza, en las tinieblas de la neblina. Dos navíos españoles, de la escuadra combinada, fueron presa de los ingleses. Villeneuve, en vez de seguir al día siguiente las huellas de los

ingleses y vencerlos, como tenia la órden, entró en el puerto del Ferrol, consumió allí los días en el aprovechamiento inútil de sus buques, recibió allí nuevamente la órden de alzar el bloqueo de Brest, de unirse á Gantheaume, y de presentarse con todas sus velas en la Mancha. Respondió que iba á obedecer, pero convencido de que Nelson, Calder, y Cornwallis, reunidos, le esperaban en el Océano para destruirlo, se dió á la vela para Cádiz, en vez de hacerlo para Brest y para Napoleon, y mantuvo allí sus escuadras en una ruinosa inaccion.

VI.

Este era el instante decisivo para Napoleon que la indecision de su almirante le arrebató: solo le quedaban pocas horas para evitar la declaracion de guerra por parte de Austria y la insurreccion de la Alemania toda, fomentada y pagada por el genio patriótico de Pitt, cuyo oro y cuya política salvaban á su país tantos años habia. Napoleon no dudaba que Villeneuve estuviese en las aguas de Brest. «Partid,» escribia todos los días al almirante Gantheaume, aprisionado tantos meses ha en aquel puerto y á quien Villeneuve debía abrir el Océano; «partid y acudid aquí: habremos vengado en un día seis siglos de inferioridad y de vergüenza. Jamás, para más grande resultado habrán expuesto sus vidas mis soldados de mar y tierra.»

«Partid, escribia con la misma pluma á Villeneuve, ¡partid sin perder un instante, y con mis escuadras reunidas entrad en la Mancha! ¡Aquí estamos prontos, y todo está dispuesto para el desembarco! ¡Partid y en veinte y cuatro horas estará terminado!»

VII.

Se siente en este estijo la fiebre del corazon y de la voluntad. Todo se perdió empero. Napoleon supo al día siguiente con estupor la estancia de Villeneuve en Cádiz, y la forzosa inmovilidad de Gantheaume.

«Villeneuve, exclamaba en su furor, que se vengaba de las cosas injuriando á los hombres. ¡Villeneuve no es digno de mandar ni una fragata! Es un hombre cegado por el miedo.» Le prodigó delante de su ministro de Marina los nombres de cobarde ó de traidor. En semejante momento y para aquel hombre, todas las prudencias que destruián sus planes eran cobardías, todas las contrariedades de la fortuna traiciones. «No hay remedio, escribia en el instante á Mr. de Tallevrand, su ministro de Negocios Estrangeros, mis escuadras se han

perdido en el Océano; si vuelven á la Mancha, aún es tiempo, me embarco en ellas, descien- do en Inglaterra y rompo en Londres el nudo de las coaliciones. Si, por el contrario, mis almirantes carecen de valor y maniobran mal, entro con doscientos mil hombres en Alemania, tomo á Viena, arrojó á los Borbones de Nápoles, y pacificado el continente vuelvo al Océano para conquistar la paz marítima!»

No permaneció largo tiempo en la incertidumbre. El correo que le traía la noticia de la retirada de Villeneuve á Cádiz lo encontró á orillas del mar, devorando con la vista las costas de Inglaterra, que un sol de verano le mostraba blanqueando en medio de las nieblas de la mañana. Imprecaciones de rabia contra Villeneuve estallaron en sus labios al leer sus despachos: los arrojó con impaciencia á las olas y nuevo Jerges habria hecho azotar á este otro Helesponto que la pusilanimidad de sus almirantes, mas bien que la naturaleza, cerraba á su ambicion. Ordenó á su ministro de Marina el reemplazo de un almirante inhábil ó desgraciado, nombrando al almirante Rosily, y volviendo al instante su pensamiento hácia el Austria, marchó por todos los caminos á Ulm con un ejército de doscientos cincuenta mil combatientes. La victoria no tardó en consolarle sobre la tierra de sus ensueños desvanecidos en el Océano.

VIII.

Entretanto Villeneuve, temiendo la cólera de Napoleon, cuyos destellos habian llegado hasta él, aunque dulcificados por la indulgencia del ministro de Marina Decres, temblaba en Cádiz de verse deshonrado á los ojos de las escuadras y de la Francia por una destitucion, ya decretada por Napoleon, pero que el ministro le ocultaba aun. Aprestaba sus escuadras y escitaba sus marinos, cimentaba con los almirantes españoles, Gravina y Cisneros, una confraternidad de armas que las dos escuadras formaba solo una nacion. Esperaba, despues de haber formado y aguerrido su escuadra naval darse á la vela con una superioridad en el número y una igualdad de táctica que le permitieran reconquistar en un día la gloria perdida por tantas vacilaciones. En estas disposiciones de su alma, flotante entre la desesperacion por lo pasado y la esperanza del porvenir, supo la súbita llegada á Madrid del almirante Rosily, á quien el rumor público designaba para tomar muy pronto el mando en jefe de las escuadras combinadas. A esta noticia que desde Madrid se estiende á Cádiz, Villeneuve no duda mas; quiere, ó impedir la deshonra de su separacion con una victoria, que le cubra ó le vengue de la desgracia de Bonaparte

ó perecer á lo menos en una derrota gloriosa que honre su desgracia con su muerte. Sale el 19 de Octubre del puerto de Cádiz al frente de cuarenta y dos navíos y fragatas de guerra, y navega hácia el Estrecho de Gibraltar á riesgo de chocar allí con la escuadra de Nelson.

IX.

Volvamos al héroe de Inglaterra. Hemos visto que despues de haber recorrido hacia dos años el Océano y el Mediterráneo en todas direcciones, y en seguimiento de las escuadras francesas combinadas, que solo se le habian escapado permaneciendo encerradas en Brest ó en el puerto de Cádiz, Nelson, que no habia abandonado la popa de su navío ni una sola vez durante tres años, se habia retirado á Portsmouth, para descansar algunos meses en la seguridad en que reposaba tambien su patria. Cansado de triunfos, colmado de fortuna, saciado de gloria, mutilado en la guerra, agotada su salud y sediento de amor, su solo deseo entonces era gozar de la soledad del campo y de la compañía de una mujer adorada los días que sus heridas y fatigas le dejaban aun de vida. Habia hecho trasportar todos sus tesoros y todos sus muebles á su casa de campo de Merton. La presencia de lady Hamilton, de su hija y de sus hermanas, le preparaba en aquel retiro toda la felicidad interior de que se puede gozar en el remordimiento.

Estaba establecido allí hacia pocos días, y saboreaba deliciosamente la soledad, cuando una mañana de otoño, antes de salir el sol, llamaron á la puerta de su quinta. Nelson, según su costumbre de marino, que habia conservado en tierra, no consagraba al sueño mas que algunas breves horas, y estas interrumpidas: estaba ya levantado y vestido. Hizo abrir y vió entrar á un hombre; era uno de los oficiales de navío de su escuadra, el capitán Black Wood, portador de despachos del almirantazgo. «Estoy seguro, dijo Nelson á Black Wood, que adivino lo que venís á decirme. ¡Son noticias de las escuadras española y francesa combinadas, y veo que yo tambien tendré que destruirlas!» Black Wood, en efecto, hizo saber á Nelson que las escuadras, despues de un descanso en Vigo se habian abrigado en Cádiz para prepararse á los combates. «Pues bien, contad, exclamó Nelson con la confianza por tantos triunfos adquirida, que daré una nueva leccion á Villeneuve.»

Se dispuso sin ruido á partir para Londres y ofrecer su brazo á su país. Pero alarmado por la pena que su alejamiento iba á causar á lady Hamilton y á sus hermanas, no tuvo valor para revelarles los despachos que habia recibido durante su sueño, y la resolucion que ha-

bia tomado de sacrificar su reposo y su felicidad á una nueva gloria. Esforzose en apartar la conversacion sobre este asunto para ocultar á lady Hamilton la tristeza de su alma; pero ésta, en la penetracion natural del amor, no se dejó engañar, y arrastrando á Nelson á una calle de árboles apartada, que él llamaba su puerto de mar, le preguntó tiernamente el motivo de su pena. «No tengo pena alguna, respondió Nelson esforzándose por sonreír: la felicidad de que disfruto está exenta de nubes: vivo en el seno del amor y rodeado de mi familia; el aire y la calma de los campos restablecen de día en día mi salud, que me promete prolongados años de felicidad. No trocaría mi retiro por el palacio del rey de Inglaterra.

Lady Hamilton no se dejó engañar con estos subterfugios del cariño de Nelson; le dijo que leía mejor que él en su pensamiento, que había sabido noticias de las escuadras combinadas, que miraba de antemano estos últimos navíos de la Francia y de la España como su conquista legítima y como la propiedad de su gloria; que le destrozaría una envidia y un pesar eterno si otro almirante que no fuese él alcanzaba este triunfo, y que debía mirar con razon esas escuadras, como el premio de sus dos años pasados en el Océano, y como la recompensa de tan larga y penosa persecucion. «Querido Nelson, añadió con lágrimas en los ojos, por terrible que sea el dolor de una separacion tan cruel, despues de una reunion tan corta, ofreced sin vacilar vuestros servicios á la patria; serán aceptados; recobrareis la tranquilidad de vuestra alma, y despues de una gloriosa y última victoria, volveréis á ser feliz en medio de nosotros!» Nelson se conmovió hasta derramar lágrimas ante las palabras de una mujer que tan dulcemente le arrancaba su secreto, y que no quería la dicha á costa de la gloria de su héroe. «Generosa Emma, si no existiese una Emma, no habría un Nelson en el mundo!»

X.

Nelson partió aquel día para Lóndres, donde lo esperaban. Se le dió la eleccion de los navíos, de los almirantes, de los capitanes, con los que formaría su escuadra. Los preparativos tuvieron la rapidez de su pensamiento. Se irritaba de toda hora perdida, que podía dar á Villeneuve la ocasion de salir de Cádiz, arrojándose hácia las Indias ó las Antillas. Hizo poner su pabellon á bordo del mismo navío que tantas veces le había traído la fortuna durante los años que pasara á su bordo. En el momento de subir á él, un glorioso ó funebre presentimiento se apoderó de su alma. Hizo llamar al conserge de sus muebles en Lóndres, y le mandó grabarse su historia en un corto epitafio sobre

el feretro abierto en el mástil del navío conquistado en Aboukir, mástil que le había regalado despues de la victoria el capitán Halwell. «Tendré necesidad de él á mi regreso» dijo con profético acento. La imagen de la muerte estaba delante de sus ojos, no la temía por sí propio, sino por el dolor de su anciano padre y de lady Hamilton.

«Hé abandonado esta noche mi querida estancia de Merton, se lee en su diario á la fecha del 14 de setiembre de 1805, esa morada donde dejo todo lo que me liga á la vida, para ir á servir á mi rey y á mi patria. ¡Plegue al cielo, ante el cual me inclino, hacerme digno de las grandes cosas que mi país espera de mí! Si permite que vuelva aquí despues de haber cumplido mi deber, mis acciones de gracias ante el trono de su misericordia, no cesarán interin yo viva; si por el contrario, es su voluntad y la orden de su sabia y buena providencia abreviar mis dias sobre esta tierra, me someto á ella con una completa resignacion, lleno de confianza en la esperanza, de que se dignará proteger despues de mí á todos aquellos que dejo detrás de mí. ¡Que se cumpla su voluntad! ¡Amen!» Se ve que las flaquezas y el desorden de su corazon no habian oscurecido en este grande hombre la idea y el sentimiento que constituyen la única y verdadera grandeza de la humanidad, y que el heroismo y la piedad se fortificaban mutuamente en su corazon.

XI.

Su embarque á bordo del *Victory* en Portsmouth, fué un triunfo. El pueblo de la costa le acompañó en número de un millon de ciudadanos hasta su navío. Los aplausos y los sollozos se mezclaban en las olas al ruido de los saludos que la escuadra hacia á su almirante. La Inglaterra toda, tan grande porque es reconocida, parecia tener el doble presentimiento de la victoria y de la pérdida de su héroe. La gloria de Nelson había descendido por las relaciones de los marineros hasta el fondo del pueblo: cada inglés creía deberle su hogar, su campo, su orgullo de nacion. Su popularidad era el patriotismo, su nombre era el palladium de la patria. Temistocles mutilado de la Inglaterra, cada cual quería grabar en su memoria; al marchar, la imagen del salvador de su país. Las tropas se vieron obligadas á emplear las armas para arrancarlo al entusiasmo de la multitud; que le seguía á través de los mares.

XII.

Las escuadras inglesas que reunió en su camino, y la flota del Mediterráneo cuyo man-

do acababa de tomar, le recibieron como el pueblo de Portsmouth lo había perdido, con un frenesí de entusiasmo. Llevaba la victoria en su nombre. Habiendo llegado el 22 de setiembre cerca de Cádiz, Nelson supo con viva alegría que Villeneuve estaba aun en aquellas aguas; cruzó con su armada á una distancia suficiente de tierra para que su escuadra no fuese vista desde las costas de España, y para alentar, con el espectáculo de un mar vacío la salida de las flotas combinadas.

Aguardando aquella hora suprema de su vida, Nelson entretuvo á sus tripulaciones haciéndoles sentir las emociones de la impaciencia, del patriotismo y de la gloria, precursoras del combate. Inspiró por toda táctica su alma á la flota, y no dió por orden de batalla sino la orden acostumbrada de marchar su escuadra en dos líneas, con una vanguardia de ocho navíos.

La única maniobra recomendada á sus capitanes, era cortar en dos la línea enemiga á la altura del décimo ó duodécimo navío de Villeneuve, arrojándolos á una extremidad mientras que él se arrojaba sobre el centro y la vanguardia combatía la cabeza de la escuadra. «Pero como el humo del abordaje y del cañon, dice en su orden del día, podrá ocultar las señales y las órdenes, cada capitán hará bien atacando al navío enemigo que tenga enfrente.» Nelson ordenaba al final de estas instrucciones que se le comunicasen en el instante los nombres de todo oficial, soldado ó marinero, herido ó muerto en el combate, á fin de que estos nombres, enviados por él á Inglaterra, fuesen objeto allí de las oraciones y de la gratitud de la patria.

CONCLUSION.

I.

El 20 de octubre, al amanecer, las fragatas escalonadas por Nelson en el mar, desde las costas de España hasta la escuadra inglesa, á la cual cubrían y dirigían á la vez, anunciaron por señales que la flota combinada salía del puerto de Cádiz. De hora en hora ellas señalaron la marcha ó las calmas de aquella armada naval, que parecia indecisa entre dirigirse al Estrecho ó al Océano. Por la tarde un viento pesado de Sudoeste parecia contrariar sus movimientos, haciéndola virar de bordo para regresar á Cádiz. En todo caso era evidente que la escuadra combinada quería conservar libre á sus espaldas el mar de Cádiz, á fin de tener asegurada su retirada en el puerto. Nelson pasó alternativamente de la esperanza al desaliento

al recibir aquellas señales. La noche le ocultó este misterio.

De pie sobre la cubierta de su navío á la primera claridad del día, las primeras señales de sus fragatas que pudo distinguir, le manifestaron que la escuadra combinada estaba aun en plena mar y que caminaba hácia el Norte. Se estremeció de alegría, y lanzó todas sus velas, un tanto oblicuamente, hácia un mismo punto del horizonte.

Al salir el sol, el comandante de la *Enryale*, Black Wood, amigo particular del almirante, le hizo la señal telegráfica de un cambio de direccion en la marcha de Villeneuve. La escuadra combinada parecia volver al Sur y al Estrecho. «Esto es lo que no le permitiré yo hacer si está en el poder de Nelson,» escribió el almirante en su diario al regresar á su pabellon.

Algunos minutos despues, el sol que se alzaba sobre un horizonte un tanto mate pero sereno, reflejándose en las altas velas de la escuadra combinada, las hizo surgir una tras otra de en medio de las nieblas. El día mostró á Nelson y á sus tripulaciones la inmensa línea de mástiles cargados con las velas de los cuarenta y dos navíos y ocho fragatas de Villeneuve. Ocho leguas marítimas separaban no mas la una de la otra escuadra: un viento manejable y dulce inflaba las velas: un mar pesado á grandes oleadas, pero sin espuma, batía los costados de los buques con murmullos que bien pronto iba á cubrir el estruendo del cañon. Era la mañana del 21 de octubre, día de buen augurio y de fiesta en la familia de Nelson. Aquel mismo día y á la misma hora, su tío, el capitán Sukling, había señalado su carrera militar con un combate naval, cuyo premio fué la captura de cuatro buques franceses. Nelson tenía la supersticion de todos los grandes hombres. Sienten mejor que los demás la desproporcion entre su flaqueza positiva, y las grandes cosas que realizan, y atribuyen, con razon, las unas á la fortuna, otras más locamente, á regresos periódicos de dias felices ó desgraciados, que ejercen una influencia oculta en sus destinos, mientras los mas grandes lo esperan todo de la Providencia. Los aniversarios, para los grandes hombres, son el reconocimiento obligado de la accion superior de Dios en las cosas humanas. Nelson tenía esta religion de los héroes, y no dudó de la victoria al ver que la casualidad le presenta la batalla en un día tan feliz para su nombre.

II.

Mientras la escuadra inglesa desplegaba todo su velamen para devorar el espacio entre ella y la flota combinada, Nelson á bordo del